

El nieto de Don Quijote

En un lugar del Gonzalo de cuyo nombre no quiero acordarme, hubo un caballero andante llamado Don Luis Fernote de Pucela, que decía ser el mismísimo nieto de Don Quijote de la Mancha.

La noticia llegó a oídos de Don Quijote y no dudó un momento en marchar hacia el colegio Gonzalo de Córdoba. Cogió su armadura y su lanza, montó en Rocinante y junto a su querido escudero Sancho, salió de su casa rumbo a Valladolid. Siete días y siete noches tardaron en el viaje.

Al llegar allí Don Quijote se sobresaltó:

-¡Pero qué es esto!- exclamó Don Quijote al ver el mundo tan cambiado. -¿Qué son esas grandes casas de piedras de colores? ¿Y esos carros que no tienen caballos y hogueras en su interior?

Sancho no decía nada porque estaba boquiabierto, mirando como todo había cambiado, desde la última vez que estuvo en esta ciudad.

Don Quijote puso rumbo al colegio, no tardó en llegar, porque iba montado en cólera.

Cuando llegó allí, fue a entrar sin pensarlo, pero había un candado que unía dos puertas verdes, bueno, en realidad no eran puertas, sino vallas.

No podía pasar, entonces arreó un golpe con la lanza y partió el candado, dejó su caballo en un árbol y entró en el colegio por una gran puerta junto a su escudero. No vieron a nadie, pero se oían murmullos y algún grito.

De repente, un gran pitido extraño sobresaltó a Don Quijote:

-¡Pardiez!- exclamó, y una muchedumbre de niños se abalanzaron sobre Don Quijote. Este echó a correr hacia afuera.- ¡Carámbanos!

-Corra mi merced, salgamos de aquí- gritó Sancho.

Pero de repente, todos los niños se pararon, todos miraban hacia el mismo sitio, a lo lejos se oían como unos metales entrechocando, el sonido iba siendo cada vez más fuerte. Por la esquina apareció el famoso Don Luis Fernote, con una reluciente armadura, una bacía gris, que deslumbraba el sol del mediodía y con una lanza de ocho palmos de longitud. Iba acompañado de su escudera Yolanda, que llevaba un bolígrafo en una mano y un cuaderno en la otra, como si fueran su lanza y su escudo.

A Don Luis se le abrieron los ojos como platos, empuñó su lanza y corrió hacia los forasteros, creyendo que estos iban a invadir su colegio. Don Quijote también agarró su

lanza y se dirigió hacia el caballero, hasta que quedaron entre ellos diez metros, nueve, ocho, siete, seis, cinco...

-¡Parad!- exclamó un señor con el cabello como la plata. Se dirigió hacia la pelea con paso rápido.- ¿Qué está pasando aquí?

Los dos caballeros andantes se quedaron pasmados.

-Y tú Luis, ¿qué haces con ese hato puesto?- Volvió a preguntar el señor de pelo blanco.- ¿No estarás con tus cuentos de que eres el nieto del gran Don Quijote de la Mancha?

-Bueno...mmhh...- contestó Don Luis en voz baja, como haciéndose el sueco.

-No me lo puedo creer, que hayas vuelto otra vez con tus locuras, esto quedará, registrado en tu currículum.

-¿Pero qué pasa aquí, que alguien me lo explique?- dijo Don Quijote.

-Lo sentimos mucho, caballero- dijo el hombre de pelo blanco.- Don Luis perdió la cordura leyendo libros de caballería y ahora defiende este colegio ante cualquiera que no conozca, por eso tenemos siempre encadenadas las verjas. Y ustedes, ¿cómo han podido entrar en él? ¿Y cómo van así disfrazados?

Don Quijote sabiendo ya la verdad de este engaño, y no queriendo dar explicaciones de cómo y porque estaban

en el colegio, empuñó su arma y con un gran silbido hizo que Rocinante fuera en su ayuda, y así montado en su caballo, echó a galopar dejando atrás el colegio. De cerca le seguía Sancho, que tampoco quiso quedarse en el colegio a dar explicaciones.

Don Quijote y Sancho se volvieron así otra vez a su casa, esta vez tardaron dos días y dos noches más, por probar un gran placer que habían oído por las calles del moderno Valladolid: sus tapas.

